

Fragmentos

del fin

del mundo

Marco Chávez

Marco Chávez

Nació en San Pedro de las Colonias, Coah.

Alumno del 7º semestre de la licenciatura en Comunicación en la UIA-Laguna, donde es miembro de los Talleres de Literatura y Teatro. mayco12@hotmail.com

Frío

«¿Por qué le rajaste el pescuezo?» preguntó el policía mientras lo llevaba hacia la celda. «Porque hacía frío y la necesitaba a mi lado» contestó él y ya el efecto de veinte pastillas para los nervios comenzaba a cerrarle los párpados.

Bosque

Tirado sobre los restos de la última nevada, pensó que necesitaba quedarse allí para siempre. Hacía varias horas que se había extraviado y su vista se había llenado de árboles, de conejos y de agua más que pura. Creyó haber visto los colores más hermosos del universo: ocre, amarillos, verdes, azules, todos los colores en todas las tonalidades. Además estaba el viento helado que con extrema dulzura torturaba sus pulmones. Pasaban de las seis y el sol caía lento cuando tuvo la mala fortuna de ser encontrado por un guardabosques.

El tercer trago

Ella se acercó lento, haciendo un zigzag entre las mesas y la gente. Él tomaba su segunda cerveza. Su pensamiento se le iba entre el vacío y algunos rostros que comenzaban a volverse difusos. Un «hola» de ella comenzó todo y él aceptó

tomarse un tercer trago, a pesar de que en sus huesos calaba el frío.

El último mar

«quisiera que mi vista alcanzará a ver los hielos finales. Quisiera nadar desnudo hasta aquel lugar» pensó él, mientras observaba los supuestos límites del mundo. Minutos antes había sentido asco de sí mismo y de la gente que lo rodeaba. Le causaba pena encontrarse en aquel yate ostentoso, rodeado de burgueses lastimeros. Sólo un poco de mate hirviente le ayudó a sentirse aliviado.

La cita

Quedaron de verse a las ocho de la noche en la habitación de un motel a las afueras del pueblo. Cualquier lugar serviría para curar el frío; él llegó a las siete, pagó la habitación y dio instrucciones al recepcionista para cuando ella llegara. De siete a ocho se leyó una revista. A las ocho con quince minutos no recordaba una sola palabra de lo que había leído y encendió el primer cigarrillo. Ocho y media, tres cigarrillos. Nueve de la noche, siete cigarros. Nueve cuarenta y cinco, quince. La quijada y las manos le temblaban de tanto tabaco y tanta soledad. Se desnudó, apagó la luz y se

metió a la cama. La calefacción era buena y no había posibilidad de que nadie lo viera o escuchara. Se echó las sábanas encima para masturbarse y llorar hasta quedarse dormido.

Destino Próximo

¿Era un vuelo de ida o de regreso?
¿Buscaba más vida o quería lo agreste?
¿Quería sol o nubes? ¿Iba en su búsqueda o huía de ella? ¿Quería más soledad o reencontrarse con su feliz pasado de amigos, de madre, de risas y de fiesta?
A donde llegó sólo encontró pedazos gigantescos de hielo. Sólo eso.

Error de visión

Le pareció ver su espalda. Era el mismo abrigo, largo y color hueso. Caminó hacia ella y estuvo tentado a abrazar un maniquí de muerte.

El comienzo

Desde que llegó a aquel lugar las horas le parecían agotadoras e interminables. No sabía cuándo había comenzado todo. Hace horas, hace meses, hace varias vidas.

A la hora de dormir

Paradójicamente en aquel invierno inagotable jamás dejó de sentir que su cuerpo ardía, que su boca le quemaba. Tampoco pudo alejar el olor a mierda y sudor que llegaba de todas partes de su cuerpo y de los cuerpos de viajeros emocionados, con los que compartía habitación, pero nunca una palabra. Sólo podía soñar que flotaba en profundas cloacas.

No

No volvió a encontrarla, ni volvió encontrarse. Nunca se conocieron.

El final

Todo termina con una imagen de él en medio de la noche, observando quietamente la luz de la aurora austral. Después vienen los abrazos, las risas, felicidad de antes. Al final el viento le quema otra vez los ojos.

Calor

«¿Por qué la mataste?» le decía una voz desconocida. «Porque hacia calor y no iba a conocerla nunca», contesto él, sabiendo que nunca iba a irse. 🍷